

# Ortega y Unamuno: Poema y Fábula\*

Introducción de **José Lasaga Medina**

ORCID: 0000-0001-8825-9874

## I

**T**raemos en esta ocasión a la sección de “clásicos” un poema prácticamente inédito que Miguel de Unamuno escribió en El Escorial, en marzo de 1913<sup>1</sup>, dedicado a quien por entonces representaba, después de haber sido casi su discípulo, el máximo rechazo a sus ideas: José Ortega y Gasset.

Fue en este mismo año cuando vio la luz como libro en la editorial Renacimiento *Del sentimiento trágico de la vida*, obra que termina con un ataque frontal a la posición filosófica que Ortega venía defendiendo desde hacía años en relación con el problema, a la vez cultural y político, de una España que había quedado al margen de la modernidad europea.

Caben pocas dudas respecto al hecho de que la publicación del libro de Unamuno provocara si no un cambio de planes, sí una aceleración del proceso de escritura y publicación del primer libro de Ortega, *Meditaciones del Quijote* (1914), en donde no es difícil hallar alusiones polémicas a Unamuno y su rechazo de la modernidad filosófica europea en general y alemana en particular, que Ortega seguía concibiendo en 1914 como la tabla de salvación de la cultura española<sup>2</sup>. Unamuno cortaba amarras con la modernidad y se situaba, envuelto en

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> La fecha y el lugar están llenos de connotaciones biográficas e intelectuales –para ambos– que Concha D’Olhaberrriague comenta en su presentación.

<sup>2</sup> La cuestión de fondo en el desacuerdo fue el lugar que uno y otro concedían a la razón y el papel político que le conferían en el futuro de España. Ortega será siempre un ilustrado convencido de que el hombre no tiene otro recurso para orientarse que la ciencia y la interpretación razonante de las cosas. En Unamuno se imponen siempre las razones del corazón sobre las de la cabeza.

### Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2011). Ortega y Unamuno: poema y fábula. *Revista de Estudios Orteguianos*, (22), 229-233.  
<https://doi.org/10.63487/reo.485>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 22. 2011  
mayo-octubre



el pardo sayal de San Juan de la Cruz, de espaldas a la luz del progreso científico-técnico. Ortega no sólo perdía un aliado, cuya influencia en la juventud más alerta valoraba mucho, sino que era consciente de tener enfrente un imponente “adversario”<sup>3</sup>, intelectualmente hablando. El poema de Unamuno manifiesta que los sentimientos de éste hacia Ortega no eran muy distintos.

El primer contacto entre ambos escritores ocurrió cuando un adolescente Ortega fue a Salamanca a rendir su examen de grado en 1898. El profesor tenía treinta y cuatro años y alumno quince. Aunque la relación propiamente tal comienza en 1904 con un intercambio epistolar, originado en una carta que probablemente Unamuno dirige a Ortega a raíz de haber leído alguno de los artículos que éste había publicado ya, a pesar de su juventud, en *El Imparcial* o en alguna revista como *La Lectura*. En un artículo titulado “Almas de jóvenes” Unamuno da a la publicidad dos cartas que Ortega le había enviado. Y ese será el comienzo de un intercambio epistolar que tiene sus años más intensos entre 1906 y 1908, interrumpiéndose en 1909, año del primer enfrentamiento público del que hablaremos más adelante. La correspondencia revela un trato afable y respetuoso lleno de buena sintonía intelectual, aunque no falten puntos de desacuerdo. De especial relevancia, por la profundidad filosófica que contiene, es la divergente interpretación que ambos hacen del significado histórico cultural del *Quijote* en relación con el problema de España, que terminará, como es sabido, en dos lecturas casi antagónicas: Unamuno en el “quijotismo de Don Quijote”; Ortega en el “quijotismo de Cervantes”.

El desacuerdo en lo personal comenzará a fraguarse cuando Ortega que siempre quiso contar con Unamuno para sus empresas de reforma política se encuentre no sólo con reiterados rechazos de éste sino enzarzado en una polémica. La ejecución de Ferrer por el gobierno Maura había dado lugar a la protesta de algunos intelectuales europeos y Azorín escribió un artículo rechazando lo que consideraba una intromisión en los asuntos nacionales. Ortega criticó a Azorín y Unamuno le envía una carta de solidaridad que el novelista alicantino decide publicar en *ABC*. Allí habla don Miguel de los “papatatas europeístas” y Ortega, dándose por aludido, replica con un artículo lleno de asperezas: “Unamuno y Europa, fábula” al que nos referiremos más adelante. Garagorri sitúa en este mismo año una anécdota que cuenta Federico de Onís en su artículo “Ortega joven” que pudo suponer, junto con el cruce de

<sup>3</sup> Ortega había teorizado la figura del “adversario” en la constitución de una filosofía. Recogiendo la sugerencia, Cerezo se pregunta: “¿Frente a quien plantea Ortega la nueva tarea de la salvación española por el conocimiento?”. La respuesta le parece obvia: “El adversario no puede ser otro que Miguel de Unamuno con su «sentimiento trágico de la vida»”. *La voluntad de aventura*. Barcelona: Ariel, 1984, p. 89. Imprescindible para una comparativa filosófica entre ambas obras, “El sentido jovial de la vida. (La confrontación Ortega y Unamuno)”, ob. cit., pp. 88-133.

insultos de la polémica mencionada, la ocasión para que cuajara el clima anímico en que Unamuno escribió el poema<sup>4</sup>. La anécdota la resume Garagorri en una nota a pie: llega Ortega a Salamanca con idea de proponer a Unamuno que presida un partido político de regeneración nacional. Mientras que Ortega le explicaba el alcance del proyecto, Unamuno le interrumpe “con un gesto muy suyo y muy expresivo” y le dice: “Le he entendido bien, don José. Quiere usted que yo sea el padre del movimiento y usted el espíritu, ¿no es así? Bueno, pues sépase que yo soy la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo”<sup>5</sup>.

Afortunadamente, Unamuno no publicó el poema. De haberlo hecho no sabemos si Ortega habría concurrido a la defensa de Unamuno con la energía y generosidad con que lo hizo. El caso es que Unamuno fue depuesto de su cargo de Rector sin causa ni razón. No más que porque no era afín a la política del ministro de turno. Ortega publicó inmediatamente dos cartas de denuncia de la expulsión en el diario *El País* y dio varias conferencias de apoyo en Bilbao y Salamanca, esta última en presencia de Unamuno. Pero la relación habría de mantenerse fría y a distancia. Aunque cabe hablar de una reconciliación tardía cuando en 1935 Unamuno apareció sin previo aviso por la tertulia de la *Revista de Occidente*, celebrando con Ortega un encuentro sin palabras cuyo único asunto fue la situación de España.

La impresión final que deja la historia de la relación entre los dos más grandes pensadores españoles del siglo XX es compleja. Tiene razón Garagorri cuando escribió hacia 1958 que “las relaciones entre Unamuno y Ortega serán uno de los capítulos mayores en la historia del pensamiento español de nuestro tiempo”. Este poema que rescatamos tiene en la crónica de esa relación una importancia menor, sobre todo al no haber llegado a conocimiento de Ortega, pero capta muy bien el ánimo tenso, por decirlo suavemente<sup>6</sup>, con que Unamuno se enfrentó a su oponente. Ortega no le fue a la zaga en cuanto a descalificaciones, como en el artículo mencionado anteriormente en que replicaba a la acusación de europeo papanatas: “[...] en esta ocasión don Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad. Y no es la primera vez que hemos pensado si el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les

<sup>4</sup> Entiéndase en sentido lato pues faltaban aún algunos años y varios enfrentamientos más que CACHO VIU relata en su “Unamuno y Ortega”, en *Los intelectuales y la política*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 131-154. Una primera edición en *Revista de Occidente*, 65 (1986), pp. 79-98.

<sup>5</sup> Y Onís apostilla: “Así comenzó un distanciamiento de treinta años”. El artículo de Federico DE ONÍS en *Aomante*, 4 (1956). Citado por GARAGORRI en *Unamuno, Ortega, Zubiri en la filosofía española*. Madrid: Plenitud, 1968, p. 188, nota 7.

<sup>6</sup> Me adhiero a los calificativos con que Concha D’Olhaberriague juzga las palabras de don Miguel.

vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea entre ellas”<sup>7</sup>.

Ortega sobrevivió a Unamuno y escribió una necrológica llena de admiración, respeto y buen sentido, aunque no le ahorró alguna que otra consideración crítica en relación con la forma en que entendió y asumió públicamente su condición de intelectual. De su lectura nadie sacaría en claro que a Ortega le había quedado en algún recoveco de su grande y compleja alma un secreto y acerado dolor del que hemos sabido por la confidencia fiada a un discípulo que quiso compartirla con la posteridad, consciente del valor que tenía en esta cuestión no precisamente menor de la historia de las relaciones entre Unamuno y Ortega. En el artículo ya mencionado, “Unamuno y Ortega frente a frente” cita las siguientes palabras, réplica que le diera el mismo Ortega a una observación que Garagorri le habría hecho sobre su relación con Unamuno: “Unamuno en mí y para mí [...] es una herida que no quiero abrir; algo que deseo no tocar porque me remueve impresiones casi de angustia que prefiero dejar dormidas. No puede usted imaginarse lo que he padecido con él. Y quiero dejarlo estar”<sup>8</sup>.

## II

Conocí el poema de Unamuno sobre Ortega en una conversación con el profesor Vicente Cacho Viu, que me proporcionó además una fotocopia del artículo en que lo había encontrado, publicado en *Babelia-El País*<sup>9</sup> por Víctor García de la Concha, quien daba el poema, junto con otros, aunque sin identificar o glosar su objeto poético. Ahora, en el momento de recuperarlo, quiero que sirva de homenaje a la memoria del gran historiador que fue don Vicente, autor, entre otras cosas del mejor estudio, de los que conozco, de las relaciones entre los dos filósofos, el ya citado “Unamuno y Ortega”.

Podría resumirse la historia, tan compleja e inabarcable por lo demás, de las relaciones entre los dos grandes filósofos liberales glosando los epígrafes del mencionado artículo de Cacho. Y es que pasaron del “intento mutuo de captación”, consciente cada uno de la valía del otro, a vivir “unos años de enfrentamiento” que dieron al traste con cualquier posibilidad de combatir en el mismo frente a pesar de las muchas cosas esenciales que compartían. La conclusión no podía ser sino la de asumir mutuamente “la irreductibilidad de sus

<sup>7</sup> “Unamuno y Europa, fábula”, *El Imparcial*, 27 de diciembre, 1909, *Obras completas*, 2004, I, 259.

<sup>8</sup> Ob. cit., p. 185.

<sup>9</sup> Edición del 12 de agosto de 1986.

posturas". En efecto –concluye Cacho–, aunque en un momento dado hubo una especie de acuerdo entre caballeros, en el sentido de no atacarse en público, “lo que queda en pie son dos maneras irreconciliables de entender el futuro del país y, por tanto, de interpretar su pasado”<sup>10</sup>. La obra ingente de uno y otro dan fe, hoy como ayer, de la altura a la que brillaron, lo que hace de la polémica que sostuvieron, la de “más calado intelectual” –el juicio es también de Cacho– de las mantenidas en la vida cultural española del primer tercio de siglo.

---

<sup>10</sup> Ob. cit., pp. 149-150.